

La I Guerra Mundial y el modo deliberadamente masculino de entender la política

José María FERNÁNDEZ CALLEJA

Universidad Carlos III. Madrid
jmfernan@hum.uc3m.es

Recibido: 16 de junio de 2014

Aceptado: 9 de septiembre de 2014

Resumen

En este estudio se quieren poner de manifiesto “los modos de comportamiento deliberadamente masculinos” (Clark, 2014:413) a los que recurren los protagonistas de la Primera Guerra Mundial, todos ellos hombres, en los momentos previos a la guerra y en el desarrollo del propio conflicto. Una guerra en la que la mujer tiene un papel secundario, si bien accede a trabajos antes vedados y exclusivos de los hombres, y que a diferencia de otras guerras anteriores “perseguía objetivos ilimitados” (Hobsbawm, 1995: 37). La I Guerra Mundial, que algunos consideraron como un fatalismo ineluctable y que otros buscaron con urgencia. (Hastings, 2014:37).

Palabras clave: Primera Guerra mundial; masculinidad; mujer; androcentrismo; lenguaje.

World War I and the Very Deliberately Masculine Way of Understanding Politics

Abstract

The purpose of this paper is to show “the deliberately masculine modes of behavior” (Clark, 2014:413) that the protagonists of World War I, all of them men, displayed in the moments previous to the war and during the development of this conflict. A war in which women have a secondary role, although they started doing jobs previously reserved exclusively for men, and differently from earlier ones “it was searching for unlimited goals” (Hobsbawm, 1995:37). For some, World War I was fatally unavoidable, for others there was an urgent need for it. (Hastings, 2014:37).

Key words: World War I; masculinity; women’s role; andro-centrism; language.

Referencia normalizada

Fernández Calleja, J. M. (2014). La I Guerra Mundial y el modo deliberadamente masculino de entender la política. *Historia y Comunicación Social*. Vol 19, páginas 79- 97.

Sumario: 1. Introducción. 2. Un modo deliberadamente masculino de entender la política. La masculinidad en el lenguaje 3. Nombrar la guerra 4. El clima previo a la guerra. 5. La mujer hace trabajos que antes eran solo de hombres. 6. Derechos recientes. 7. La guerra, un fatalismo ineluctable para algunos que otros buscaron con urgencia. 8. Conclusiones. 9. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

La historiografía clásica ha olvidado de manera reiterada analizar el papel de las mujeres en la historia. Las mujeres no han existido durante siglos ni como protagonistas ni como narradoras de la Historia, con mayúsculas. Así, han sido las grandes olvidadas de los acontecimientos culturales importantes o se han considerado elementos casi exóticos. Son excepcionales los análisis históricos que toman a las mujeres como centro de la narración o en la consideración que les correspondía. Baste decir que el libro de Georges Duby y Michelle Perrot, *La Mujer en Occidente*, es del año 2000 y que hasta entonces no existían trabajos de semejantes características.

En el caso de las obras escritas sobre La I Guerra Mundial (PGM) ha ocurrido algo semejante: la mujer apenas aparece. Sin embargo, hay aportaciones relevantes, muy recientes, de grandes historiadores y expertos de referencia de la también llamada Gran Guerra, como Christopher Clark, que sí hablan de las mujeres y de su papel durante la guerra, que sí incluyen una perspectiva de género en sus análisis.

Christopher Clark, en su libro publicado en 2014, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, introduce como elementos explicativos relevantes en la conducta de los que tomaron la decisión de desatar la guerra la existencia de “modos de comportamientos deliberadamente masculinos” (Clark, 2014: 413).

Habla Clark de la omnipresencia de la virilidad finisecular en la correspondencia y en los memorandos previos a la guerra; de las metáforas empleadas por los que hoy llamaríamos “hombres de la guerra”, que describían el panorama internacional de la época previa a la Gran Guerra como “un parque de juegos rural atestado de varones adolescentes” (*Ibid.*) en el que las referencias a la virilidad son constantes.

Esta guerra, a la que algunos se alistaron como si fuera “una guerra stendhaliana”, según palabras de Lemaitre, en su libro *Nos vemos allá arriba* (2014: 24), y que acabó siendo una gran matanza, supuso la incorporación de las mujeres a las fábricas, bancos y oficinas. Las fábricas se vaciaron de hombres movilizados, que cambiaron su puesto de trabajo por un puesto en la trinchera, en el frente de guerra. Los lugares de trabajo masculinos fueron ocupados temporalmente por mujeres, en un proceso de incorporación de las mujeres al mercado laboral que no se inaugura con la Guerra, pero que se desarrolla extraordinariamente con ella y que será irreversible. Muchas otras mujeres se implican directamente en la guerra, sobre todo, atendiendo como enfermeras a los heridos; y, además, todas ellas siguen desempeñando el rol, que la sociedad androcéntrica les adjudica, como madres de soldados, mujeres de soldados, novias de soldados o hijas de soldados.

Interesa también hacer referencia en este artículo a la cuestión disputada de la guerra como algo ineluctable - “cuando la flecha está en el arco tiene que partir”, señalaba Ferlosio (2008:79)- frente a la idea de que la guerra fue algo deseado, promovido y casi necesitado por quienes la impulsaron. A propósito, el historiador Hastings, en el artículo “El estallido”, publicado en *El País Semanal* (23/2/2014) alude al estratega Moltke: “La guerra, cuanto antes mejor, fue la frase que lanzó

Moltke, jefe del Estado Mayor de Alemania, en una reunión secreta celebrada en diciembre de 1912 y presidida por el káiser” (Hastings, 2014: 37).

2. Un modo deliberadamente masculino de entender la política. La masculinidad en el lenguaje

Clark (*Op. Cit.*) define a los actores de la Guerra que condicionaron la política y propiciaron que se desatara el conflicto como personajes que se conocían muy bien y que se apreciaban muy poco, desde Castelnau y Joffre, hasta Zhilinsky, Conrad von Hötendorf, Wilso y Moltke, todos ellos militares de mayor rango, eran exponentes de una estrategia volcada en la ofensiva y ejercían una influencia variable pero importante sobre los responsables de las decisiones políticas.

Estos y otros actores que empujaron al mundo hacia la PGM, todos hombres, hacían referencias constantes a la masculinidad en su lenguaje. Como expone Clark (*Op.cit.*: 413):

La masculinidad es y era una categoría muy amplia que abarcaba muchas formas de comportamiento; la virilidad de aquellos hombres en particular venía modulada por identidades de clase, etnia y profesión. Sin embargo, resulta llamativa la frecuencia con que los protagonistas [de la guerra] recurren a modos de comportamiento deliberadamente masculinos, y lo estrechamente que dichos comportamientos estaban entrelazados con su forma de entender la política.

Los hombres promotores y protagonistas de la guerra se desenvuelven en el clima de exaltación nacionalista que domina la Europa previa a la guerra, en la que proliferan los insultos despectivos hacia los vecinos y en la que se cree firmemente que la fuerza (concepto históricamente vinculado en exclusiva con lo masculino) es el único instrumento para resolver los conflictos.

Estamos, pues, ante unos protagonistas de la guerra, hombres, que en sus comportamientos y vocabulario hacen una exhibición de masculinidad, un derroche de atributos varoniles. Las correspondencias y los memorandos que se intercambian en los momentos previos a la guerra, a los que aludía Clark, son muestra de una exaltación de la virilidad vinculada al poder y a la fuerza, y reflejan un momento clave de la historia de la masculinidad, representada por quienes finalmente acabarán arrastrando a Europa al conflicto.

Hablamos de una omnipresencia de hombres, de una hegemonía cultural de los hombres, del evidente androcentrismo dominante. De una época histórica en la que los hombres están clasificados por el papel y la función social que tienen y desempeñan en la sociedad, y así son reyes, nobles, militares, clérigos, comerciantes, trabajadores; mientras las mujeres son definidas en función de su relación con ellos: si están solteras, casadas o viudas. Son los valores propios de una época pasada que, a pesar de que la situación actual sea incomparable, en buena parte, y a veces de forma soterrada, aún perviven en nuestra cultura.

Los hombres que detentan el poder de manera omnímoda en los tiempos previos a la guerra y en todos los países en conflicto en Europa tenían, además, una serie de características que los hacían muy semejantes entre sí. Julián Casanova, en su libro *Europa contra Europa 1914-1945*, destaca de ellos la clase social a la que pertenecen:

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, en el verano de 1914, la nobleza, que parecía a los ojos de muchos una clase en declive, ejercía todavía un notable poder económico y político en Europa (...) Entre 1886 y 1914, casi la mitad de los miembros del consejo de ministros eran aristócratas. (Casanova, 2011: 8):

Casanova explica que esto ocurría no solo en los grandes imperios del centro y del este del continente, donde los nobles ocupaban puestos importantísimos en el ejército y en la burocracia del Estado, sino que pasaba también en Inglaterra, tierra de la primera revolución industrial, de fabricantes, banqueros e inversores.

La Gran Guerra fue un despliegue de masculinidad, de valores masculinos, presentados como superiores y distintos. Valores masculinos que se mostraban inmutables ante las consecuencias mortales de la guerra, ante el destroz de vidas que esta supone. Mayreder (1981: 97), recrimina esa insensibilidad masculina:

[Ser lo más viril posible ...] es la verdadera distinción a los ojos de los hombres. Son insensibles a la brutalidad de la derrota o a la pura injusticia de un acto a condición de que coincida con el canon tradicional de masculinidad.

Es cierto que quienes tomaron las decisiones para ir a la guerra fueron hombres. No cabe siquiera imaginar que en la PGM hubiera otros protagonistas que no fueran los varones. De entrada, en el imaginario común, el concepto de “guerra” se vincula con los hombres y lo masculino. Desde luego, fueron varones los protagonistas que tomaron las decisiones determinantes para la vida de decenas de miles de personas - más de nueve millones de víctimas mortales fueron registradas en el conflicto-; esas decisiones fueron adoptadas desde los Estados Mayores, que solo estaban formados por hombres y, de hecho, resultaba inimaginable el que en ellos hubiera mujer alguna.

Sin embargo, siendo una guerra orquestada por varones, muchas mujeres tuvieron un papel activo en el conflicto, aunque secundario en cuanto a la adopción de decisiones que desembocaron en la guerra; y otras, mientras los hombres estaban en el frente, con su trabajo en las fábricas, sustentaron las economías nacionales y se encargaron solas de sus familias. A pesar de ello, las mujeres han sido las grandes ausentes del relato de la guerra. Su papel no ha sido suficientemente estudiado ni reivindicado.

3. Nombrar la guerra

La también llamada *Gran Guerra*, es una expresión “venenosa” si nos atenemos a la definición del término que ofrece el filólogo alemán Victor Klemperer, estudioso del lenguaje del Nazismo y sus perversiones.

Klemperer, en el libro *LTI La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, explica cómo la objetividad y la sobriedad características del lenguaje militar oficial hasta la PGM fueron luego invadidas por la ampulosidad del estilo propagandístico de Goebbels en la Segunda Guerra Mundial. Recuerda Klemperer cómo el 26 de Julio de 1944 en el parte oficial de guerra se aplica por primera vez el adjetivo “fanático” para elogiar a los regimientos alemanes en combate, y cómo en la transformación del lenguaje oficial militar que va desde la Primera a la Segunda Guerra Mundial se ve “con cruel claridad el enorme abismo que separa el modo de pensar militar de la Primera Guerra Mundial del de la Segunda” (2001: 94 y 95).

Gran, aplicado a *Guerra*, contiene una polisemia en este uso perversa, por cuanto no solo alude a algo que ocupa mucho espacio o mucha superficie, sino también a algo que, empleado hiperbólicamente, según el Diccionario de María Moliner, “hace referencia a algo importante, de mérito, de valor” (Moliner, 80: 1416).

Lo cierto es que cuando los implicados combatían en la que hoy denominamos Primera Guerra Mundial, desconocían que pudiera haber una Segunda; pensaban que aquella guerra que empezó en 1914 era la guerra definitiva, que no habría otra mayor; por eso resultaba impensable ponerle un número que hiciera pensar que habría un segundo conflicto comparable. Para los coetáneos, llamar a la entonces *Gran Guerra*, *Primera Guerra Mundial* era algo imposible de imaginar. Sin embargo, Summers, en el artículo “¿Acabará 2014 como 1914”, publicado en *El País*, el 16/5/2014, afirma que el final de la Gran Guerra, vendría a desencadenar la II Guerra Mundial por la imprudencia de los vencedores: “Confundieron sus legítimas reclamaciones con calculados egoísmos e impusieron una paz que inevitablemente alimentó un profundo resentimiento” (*Op. cit.*: 33).

La PGM parecía abarcar todos los objetivos posibles, se trataba de una guerra total, muy distinta a otras guerras anteriores. Hobsbawm, en *Historia del Siglo XX* (1995), destaca cómo en la era imperialista se produce la fusión de la política y la economía, y explica que mientras las guerras anteriores a la PGM estaban impulsadas por motivos limitados y concretos, los objetivos de la PGM eran ilimitados: “La rivalidad política internacional se establecía en función del crecimiento y la competitividad de la economía, pero el rasgo característico era precisamente que no tenía límites” (Hobsbawm, *Op. Cit.*:38).

4. El clima previo a la guerra

La guerra se desata después de un contexto previo que no puede servir para justificarla, pero que sí ayuda a entenderla, interpretarla y analizarla. Es una guerra diferente a otras.

Hubo, previo a la guerra, un recuento de efectivos, en el que Alemania estaba por delante de Gran Bretaña, Francia y Rusia, y por parte de algunos hubo una sensación de urgencia por entrar en guerra, así lo afirma Haskings (2014, *Op. cit.*: 37): “La

guerra, cuanto antes mejor, fue la frase que lanzó Moltke, jefe del Estado Mayor de Alemania, en una reunión secreta celebrada en diciembre de 1912 y presidida por el káiser”.

Como explica Clark (2014, *Op. Cit.*), el clima previo que alienta el conflicto se carga con el debate público sobre relaciones internacionales y en él juegan un papel importante la prensa y la opinión pública. Se produjo antes del estallido de la guerra un enorme desarrollo de la esfera pública y un gran debate sobre asuntos vinculados a las relaciones internacionales. Fue un momento propicio para el nacionalismo, que arraiga como sentimiento popular, para la creación de grupos de presión nacionalistas que influyen sobre los gobiernos. La crítica política se volvió así más demagógica y extrema en sus objetivos.

Había, en efecto, un clima de euforia, de ilusión por marchar a la guerra, un estado de ánimo y opinión que parecía propiciar la entrada en el conflicto; veían la guerra como una aventura excitante, como algo emocionante, necesario, antes que como la matanza que acabaría siendo. En la PGM muchos se alistaron “a una guerra stendhaliana y se encontraron con una prosaica y salvaje matanza que causó mil muertos diarios durante cincuenta meses” (Lemaitre, *Op. cit.*:24).

Louis Barthas, un tonelero, sindicalista y cabo del ejército francés, se vio movilizado a las trincheras en contra de su voluntad, como miles de franceses y europeos. Acabó relatando en un diario, publicado con el nombre *Cuadernos de guerra (1914-1918)*, en 2014, los horrores del conflicto en el que se vio envuelto y subrayaba en sus páginas su espanto ante la reacción de muchos franceses ante la inminencia de la guerra: “El anuncio [de la guerra], para mi estupor, suscitó más entusiasmo que desolación” (Barthas, 2014: 19), escribe el 2 de Agosto de 1914. Luis Barthas narra en su diario las historias, los dramas y los detalles concretos de la tragedia de la guerra y construye así un alegato pacifista, que fortalece las convicciones antibelicistas no solo de quien lo escribe. Barthas denuncia los crímenes que se cometían en nombre de la Patria, las ordenes de los superiores que conducían al desolladero a miles de seres humanos y la cobardía y villanía de aquellos que lanzaban órdenes, que acarreaban muertes que no iban firmadas.

Esta realidad de la guerra contrasta con el clima de euforia bélica que se apoderó de amplios sectores de la población y que llevaba a gritar “a París”, a la muchedumbre que salía a las calles de Berlín, y “a Berlín”, a los que gritaban por las calles de París.

Esa euforia previa a la guerra se manifiesta en los responsables del estallido del conflicto y también en algunos sectores de la población. Hastings (2014, *Op. cit*) recuerda que se sirvió champán en los apartamentos reales después de que el káiser firmara en su palacio de Berlín la orden de movilización de Alemania y que por las calles de Alemania se veían caras alegres, gestos de euforia y felicitaciones de unos a otros porque, ¡por fin!, se iba a entrar en guerra.

Hubo también amplios sectores de la población que no deseaban la guerra y algunos autores relataron sus horrores. Como escribió Henri Barbusse en su novela *El Fuego. Diario de un pelotón*, dos ejércitos que combaten son un ejército que se suicida.

El contexto de ideas previo a la guerra, de corrientes de opinión y emocionales que desean la guerra, que apoyan la épica que ésta implicaba, resultó contagioso y definidor de los momentos previos al conflicto.

Una mujer, Bertha Sophie Felicitas (Figura 1), conocida como Bertha von Sutter, denunció de manera activa e incansable el clima belicista que imperaba entre los autores de la guerra; criticaba a los que se manifestaban entusiasmados con que se desatara el conflicto y veían en la guerra un ejercicio depurador y necesario. Esta novelista seguramente fue la voz de lo que la mayoría de las mujeres pensaban: que había otras maneras de solucionar conflictos, que no pasaran por ir al frente. Bertha Sophie Felicitas, años antes de la Guerra, en 1889, había escrito la obra *Abajo las armas*, difundida y leída por miles de personas en todo el mundo, que se constituyó, con los años, en una referencia pacifista, contraria a todas las guerras. En 1905 ya había sido reconocido su trabajo con la concesión del Primer Premio Nobel de la Paz concedido a una mujer.



Fig. 1. Bertha Sophie Felicitas. Primera mujer en recibir el Premio Nobel de la Paz

Offensatt, en el artículo “Ocho herencias que cambiaron el mundo” (*El País*, 16/1/2014), explica que la PGM supuso no solo que las mujeres trabajaran en fábricas en las que antes solo había hombres, sino también que obtuvieran derechos políticos, especialmente en Gran Bretaña, de los que antes carecían.

Antes de que estallase la guerra solo en dos países europeos las mujeres tenían derecho a votar: Finlandia y Noruega, en los que se reconoció en 1908 el derecho

por el que habían luchado muchas mujeres. En Inglaterra el derecho al voto de las mujeres fue refrendado por la cámara de los Lores en 1918, que se conoció como *Representation of de People Act*.

Sufragistas como Emmeline Pankhurst peleaban desde comienzos de siglo XX por el derecho a votar de las mujeres.

Emmeline Pankhurst había fundado ya en 1903, con otras mujeres, la Women's Social and Political Union (WSPU) que reivindicaba el derecho de la mujer al voto y que atacaba la consideración social de las mujeres como seres inferiores respecto del hombre, idea profundamente arraigada en la época, cuando algunos sostenían de manera supuestamente “científica” que el cerebro de la mujer era más pequeño que el del hombre, lo que, según esas teorías, profundamente reaccionarias, pero arraigadas en determinados sectores, la incapacitaba para cualquier actividad que no fuera la de estar casada y tener hijos.

5. La mujer hace trabajos que antes eran solo de hombres



Fig. 2. Mujeres empujando carretillas cargadas durante la guerra, 1917. Fotografía de *Central Press*.

El reparto de papeles estaba perfectamente pautado en la I Guerra mundial: los hombres mandaban, daban las órdenes, se batían en el campo de batalla. Las mujeres trabajaban en la retaguardia, atendían en los hospitales como enfermeras a los heridos, hacían los uniformes de los hombres, trabajaban en las fábricas, en las que ocupaban los puestos que habían dejado los hombres movilizados. Las mujeres se incorporaron también al trabajo en bancos, oficinas y comercios en proporciones no

vistas hasta entonces. En este sentido hubo una aceleración en el cambio del papel habitual de la mujer, hasta entonces relegada mayoritariamente a trabajar en casa y considerada incapaz para realizar determinados tareas. Se demostró, desde luego, que las mujeres podían hacer los mismos trabajos que los hombres, con igual rendimiento y por pesados que estos fueran, frente al prejuicio que establecía que aquello era imposible.

La incorporación de las mujeres a trabajos fuera del hogar, en las fábricas, bancos, oficinas, comercios, no se inaugura con la PGM, pero sí adquiere con la Guerra una relevancia y un volumen numérico inusitados. Al terminar el conflicto, muchas mujeres volvieron a sus tareas tradicionales, pero otras se mantuvieron ya en esos puesto de trabajo que mantendrían durante años. Se desarrolló, por tanto, un proceso irreversible de salida de la mujer del hogar para trabajar fuera de casa.



Fig. 3. Mujeres trabajando en una fábrica de munición en París, 1916. Fotografía de *Topical Press Agency*.

A pesar de su trabajo en las fábricas, el estereotipo de las mujeres en la Primera Guerra Mundial que se ha divulgado en nuestra cultura, a través de los distintos discursos sociales, principalmente es el de la madre del soldado, la mujer del soldado, la novia del soldado; y, si acaso, el modelo de la mujer enfermera, la que curaba al hombre herido en el campo de batalla.



Fig. 4. “Roma liberada. 4 de junio de 1944”.

Exposición de fotos y documentos sobre la PGM. Roma, mayo 2014.

Sin embargo, a pesar de que la sociedad relega a las mujeres a un papel dependiente y secundario, no todas las mujeres son objeto de la misma mirada. Todas las culturas han dividido a las mujeres en “buenas” (La Virgen María, la madre, la abnegada esposa...) y en “malas” (Eva, la puta, la feme fatale, ...). Litell, en *Lo seco y lo húmedo*, plasma esta dicotomías antagónicas a propósito del fascismo y de su menosprecio a las mujeres:

Como el fascismo no puede eliminar por completo a la mujer (la necesita para reproducirse), la divide en dos figuras: la Enfermera (o la Castellana) blanca, virgen por supuesto, que suele morir o, en cualquier caso, se petrifica, a menos que el fascista se case con ella, en cuyo caso desaparece sin más textos; y la Enfermera (o la Prostituta) roja, a quien el fascista mata, para que permanezca su yo, de preferencia destrozándola a culatazos y convirtiéndola en una papilla sanguinolienta. (Litell, 2009: 26 y 27).

La asignación del papel “adecuado” y “propio” de la mujer como el ser que espera en casa, cura y cuida al hombre, cose para el hombre, prepara la munición que empleará el hombre; la mujer relegada, secundaria, pendiente y dependiente respecto del hombre, no empieza ni concluye con la PGM, es algo sostenido en el tiempo, antes, durante y después de la denominada Gran Guerra; y responde a esa visión androcéntrica del mundo que privilegia a los varones y excluye del relato histórico la presencia y la contribución de las mujeres.

La mujer no era considerada sujeto protagonista en una sociedad androcéntrica, excitada en su “androcentrismo viril” por el hecho de la guerra. Como se ha dicho

ya, los valores masculinos alcanzan una especie de apogeo en los momentos previos a la contienda.

Explica Vincent, en el capítulo “Guerras dichas, guerras silenciadas y el enigma de la identidad”, del libro de Ariès, y Duby, *Historia de la vida privada*, que la Gran Guerra abre una nueva etapa en la historia de la humanidad y deja millones de viudas y secuelas que duran decenios. En ella se establece la inseguridad: inseguridad en el empleo y en las fortunas, que invade no sólo a las clases populares, también a la burguesía.

Después de los años de machacona propaganda, se generaliza un sentimiento de incredulidad. Es una guerra contada, repetida, enseñada a los huérfanos en el medio familiar. En todas las familias hay una viuda, huérfanos, mutilados, entre ellos destacan las caras destrozadas (Vincent, 2001: 185).

El inicio de la guerra coincidió, especialmente en Gran Bretaña, con un momento de importante crecimiento de la industria. Se habían creado decenas de puestos de trabajo que eran ocupados por hombres, porque las mujeres trabajaba en casa y cuidaba de los hijos. Como explica Offensat (*Op. cit.*), hasta entonces, sólo las mujeres solteras habían accedido a la industria en muy escasa medida y con salarios más bajos. La guerra permitió que todas las mujeres en edad de producir se incorporarse a la industria. Con la guerra se acabó con el paro.

Puede plantearse, por tanto, que la Gran Guerra trajo consigo un nuevo rol para las mujeres, propiciado por la nueva forma de situarse en el aparato productivo y también por los cambios en su indumentaria, en su manera de vestir.



Fig. 5. Una mujer manipulando un férula de rodilla de hierro en el Hospital Militar de Kensington (Reino Unido), 1917. Fotografía de *Topical Press Agency*.

Con la PGM se produce una irrupción de las mujeres en el ámbito social, en la percepción que los demás tienen de ella y que ella empieza a tener de sí misma. No se trata solo de la incorporación al mercado de trabajo, no se trata solo de la implantación y extensión de derechos civiles, como el derecho a voto, hasta entonces vedados, también hablan de ese cambio sociológico las nuevas modas, distintas formas de vestir y la manera de irrumpir en la esfera pública que causa escándalo, que pone en cuestión la moral imperante y que empieza a quebrar la imagen dominante de las mujeres relegadas a la esfera privada de la casa. Como explica López Vega, “poco a poco la mujer había logrado salir del ámbito doméstico al que se había visto confinada en exclusiva a lo largo de los siglos” (López, 2014:39).

La PGM acelera por tanto un proceso que ya estaba en marcha, que es el cambio del rol de la mujer, da lugar a cambios trascendentales con su nuevo papel en el espacio público y también se traducirá, en la posguerra, en un cambio de la imagen idílica que algunos tenían de la guerra antes de que esta comenzara.

Esta contienda, cambió la visión romántica que hasta la fecha se tenía de las guerras, con sus héroes y victorias. La globalización del conflicto, la aparición de una potente industria bélica generadora de intereses, las movilizaciones generales obreras y de las clases menos pudientes así como la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral, supuso un terremoto económico de gran dimensión. (Bernard, Mut, Fernández, 2013: 169).

La Primera Guerra Mundial creó, pues, nuevos papeles para las mujeres, que no se incorporaron de la misma forma a todos los sectores productivos, pero no se tradujo automáticamente en el reconocimiento de nuevos derechos políticos. Como explica Offensat (*Op. cit.*:2), la feminización del trabajo fue limitada y dependía de los sectores:

Se incrementó en el comercio, las profesiones liberales y la banca. Por otro lado, a la mujer se le negaban todavía muchos derechos: en Francia no pudo votar hasta 1944, mientras que en Alemania lo hizo en 1919 y en Reino Unido obtuvo el derecho al voto en 1918 para las mayores de 30 años y en 1928 a los 21, igual que los hombres.

Al concluir la guerra hubo una liberación de los estrictos códigos que hasta entonces sometían a las mujeres a modelos rígidos en la forma de vestir, que la forzaban a ocultar su cuerpo, a peinarse de una determinada manera. Aparecieron entonces ropas más cómodas, más cortas, que no ocultaban tanto el cuerpo. Surgió el peinado à garçonne, entre otros elementos que rompían los códigos femeninos tradicionales.

6. Derechos recientes

El reconocimiento de que todos los seres humanos nacen iguales y deben ser tratados como iguales, es una construcción reciente, que tiene que ver con la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de la Revolución francesa

(1789). Pero es esta una declaración que, siendo revolucionaria al reconocer la igualdad de los hombres, niega todavía el acceso de las mujeres a los derechos de ciudadanía. Al decir seres humanos, se entiende hombres y no necesariamente mujeres.

Lo establecido durante centenares de años, antes de la Revolución francesa, tiene más relación con la preponderancia del hombre protagonista y superior respecto de la mujer; con la mujer tratada por el hombre como secundaria, inferior; relegada. Lo explica el autor del libro de referencia sobre el *Miedo en Occidente*, Jean Delumeau (2002: 471):

La actitud masculina respecto al “segundo sexo” siempre ha sido contradictoria, oscilando de la atracción a la repulsión, de la admiración a la hostilidad. El judaísmo bíblico y el clasicismo griego expresaron a su tiempo estos sentimientos opuestos

Explica Delumeau la historia de las representaciones femeninas desde la Edad de Piedra, hasta la época Romántica, pasando por las múltiples representaciones de la Virgen, como elementos constitutivos de la imagen de la mujer a lo largo de la historia. Habla Delumeau de la mujer identificada como peligroso agente de Satán a lo largo de la historia, no solo por hombres de la Iglesia, sino también por jueces laicos. Diagnóstico con una larga historia y difundido de manera especial a raíz de la aparición de la imprenta.

Según este autor, es a raíz de la Revolución francesa cuando podemos empezar a hablar de un nuevo papel de la mujer, distinto de los siglos anteriores. Para Delumeau, la Revolución francesa acabó constituyendo un anticipo del movimiento feminista.

Olimpia de Gouges publicó en 1791 un manifiesto titulado “La Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana”, en el que toma como modelo la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, pero escrita tomando a las mujeres, madres, hijas y hermanas como representantes de la nación.

Gouges, revolucionaria, activista por los derechos de las mujeres y escritora, denunciaba la injusta consideración de la mujer en la declaración revolucionaria y subrayaba que los promotores de Libertad, Igualdad y Fraternidad dejaba fuera de esos conceptos a la mitad de la población francesa, formada por mujeres. Gouges reclamaba los derechos de las mujeres, empezando por el derecho de voto y por el acceso de las mujeres a cargos públicos, reclamaba el derecho al divorcio y a no llevar el apellido de sus maridos. Estas eran las principales reivindicaciones feministas, que empezarían a concretarse a principios del siglo XX, tras la lucha de las mujeres del movimiento sufragista. Para Gouges, la ignorancia, el desprecio y el olvido a los derechos de la mujer son la causa de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos.

La Revolución francesa extiende su hegemonía política y cultural, el dominio de la historia, el lenguaje y los símbolos de la política occidental hasta después de la Primera Guerra Mundial, como explica Hobsbawm en *Historia del Siglo XX*.

Clark (*Ibid.*) explica que con el estallido de la Primera Guerra Mundial se produce un cambio en una determinada escala de valores respecto del sexo de la mujer, cambio

que ha sido convenientemente estudiado y analizado. Así, el tipo de identidad patriarcal centrado en la satisfacción de los apetitos, como la comida y el sexo, cede el paso hacia una actitud más adusta y abstinentes.

7. La guerra vista como un fatalismo ineluctable para algunos y que otros buscan con urgencia

Los protagonistas que convierten la Gran Guerra en inevitable, todos hombres, llegan a la conclusión de que la guerra era necesaria, imparable. Militares de alto rango que tienen claro que sus decisiones deben estar por encima de los políticos y condicionarlos.

La creencia más extendida, avalada por algunos historiadores y novelistas modernos, es que el conflicto fue sencillamente un terrible error en el que compartieron culpas todas las potencias europeas y una locura agravada por la incompetencia brutal de los mandos militares. (Hastings, 2014: 34).

Hastings considera esta creencia como la guerra vista “desde la perspectiva de los poetas”, según la cual ninguna causa merecía que se produjera una matanza de esa envergadura, por tanto, lo mejor era terminar la guerra cuanto antes, de la manera que fuese, antes de empeñarse en buscar una victoria que lo único que garantizaba es que habría más muertos.

Las elites deciden una guerra en la que ellos no mueren: mandan a matar y a morir a las gentes normales, que no toman la decisión de matar o morir, pero pagan, en millones de casos, con sus vidas, las ordenes de otros.

Como en otras guerras, antes de la PGM hay en ciertos sectores de opinión una sensación de fatalidad, de que ocurre algo que es inevitable que sucediera, no solo una profecía autocumplida, también una especie de fatalismo, de proceso inevitable, como explica Rafael Sánchez Ferlosio, con la imagen que representa el que “cuando la flecha está en el arco, tiene que partir”. Alude Ferlosio (2008:81) a este refrán chino que le sirve para enfrentar la fatalidad al libre albedrío de las personas.

La tragedia del refrán es una fatalidad que los hombres han visto originarse en sus propias voluntades, que han tenido o han creído tener entre sus manos, pero en las que las armas, puestas por gestoras de su asunto y su querella, al arrebatarles, como sacándoselo de entre los dedos, el dominio de los hechos, se han arrogado el poder de decidir por ellos el trágico final.

El refrán chino tiene su versión japonesa: “la espada que ha salido de la vaina, tiene que matar”, y española: “puestos a reñir, el cuchillo es el que manda”. El refrán del cuchillo le sirve a Ferlosio para prevenimos contra la particular capacidad de las armas “para erigirse en fautoras de las fatalidades” y nos lleva a una reflexión sobre los instrumentos:

(las armas)...no solo potencian y especializan las acciones de los hombres, sino que también pueden desviarlas de sus propios designios, o bien condicionarlas y hasta configurarlas de muy diversas formas (*Ibid.*).

Frente a la idea de la guerra como una fatalidad, algo inevitable, imposible de parar, Christofer Clark (2014, *Op. cit.*) defiende que la I Guerra Mundial fue una elección voluntaria y buscada de los hombres de Estado y no un conflicto ineluctable. Para Clark, todos los protagonistas responsables de que se desencadenara la guerra eran conscientes en 1914 de que existía el peligro de que se produjera un desastre total, a pesar de lo cual antepusieron a esa evidencia su propio egoísmo. Como jugadores de azar empedernidos, los promotores de la guerra pensaban, todos, desde bandos enfrentados, que acabarían ganando. Algo imposible, como se demostró.

Influye en el estallido de esta guerra el carácter y la escala de valores de quienes la promueven, valores que acentúan las posibilidades de conflicto, conductas guiadas por la idea masculina de fuerza y de poder:

Como quiera que uno ubique a los personajes de esta narración dentro de los contornos más amplios de la historia de género, es muy probable que un código de conducta basado en la preferencia por la fortaleza inquebrantable, en vez de por la agilidad, la flexibilidad táctica y la astucia de la que había sido una generación anterior de estadistas (Bismarck, Cavour, Salisbury) acentuara la posibilidad de un conflicto. (Clark, 2014:415).

Esos valores viriles fueron, sin embargo, modificados paulatinamente:

Entre los grupos de dirigentes de carácter específicamente militar, el aguante, la dureza, el deber y la abnegación en el servicio fue reemplazando poco a poco a un anticuado énfasis en el origen social elevado, que pasó a considerarse afeminado (Funck, 2002: 43-68).

Clark (*Ibid.*) pone el acento en el conflicto entre la masculinidad, que mostraban los militares, y los rasgos que definían a algunos caballeros, y explica que los tipos de masculinidad, crecientemente hipertrofiados, entran en conflicto con el modelo ideal de obediencia, cortesía, refinamiento cultural y caridad, que estaban conceptuados como definidores y distintivos del modelo de caballero y, en definitiva, también constituyen valores más “propios” de lo femenino.

El espacio de la Guerra es Europa, sobre cuya situación antes del estallido de la guerra existen visiones encontradas: por una lado, hay quienes ven en Europa un lugar de riqueza, hegemónica en lo político, lo cultural y lo militar; y, frente a esta idea, la de aquellos otros que defienden que ya se advierte en el clima previo a la guerra el síntoma de una crisis que empezó entonces a poner en cuestión el mundo eurocéntrico. Para estos últimos, la guerra supuso el principio del fin de ese universo eurocéntrico.

La Europa previa a la guerra vive un auge nacionalista. Como señala García Sanz, en su libro *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y Traficantes*, (2014:232):

La Gran Guerra, considerada globalmente, fue para los beligerantes sobre todo una ‘guerra patriótica’, más que una guerra con un fuerte componente ideológico como sí ocurrió con la Segunda Guerra Mundial.

La guerra se desató en un clima de énfasis nacionalista entre los países enfrentados, aunque algún relato de ella haya querido establecer que se trataba de un enfrentamiento entre países parlamentarios, democráticos y liberales, frente a sistemas autocráticos y militaristas.

Puede plantearse qué hubiera ocurrido de no haberse producido los hechos como se desarrollaron, ¿qué hubiera pasado de no haberse dado la guerra? Esa idea de la historia contrafactual, puede resultar estimulante desde el punto de vista intelectual, o como pura especulación, pero no es relevante para el análisis histórico. En cualquier caso, cien años después, queda la pregunta, sobre la que no siempre hay acuerdo en la respuesta, de ¿Por qué estalló realmente la guerra?

Para Veiga y Martín, en *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*, entre las causas que explican el estallido de la PGM, el auge del nacionalismo y la popularización de ideas ultranacionalistas o racistas -en un clima de éxito de versiones demagógicas y simplificadoras de corrientes científicas en boga- son algunas de las razones principales para explicar la Guerra.

Algo que resulta incomprensible para las jóvenes generaciones europeas de hoy, en su mayoría imbuidas en el pacifismo y el ecologismo, es que “la mayoría de las naciones europeas consideraban la guerra no como un horror que debía evitarse a toda costa, sino como un instrumento político útil” (Hastings, *Op. cit.*, 2014: 37).

Una guerra que tuvo de especial elementos que aún nos sobrecogen, porque la Gran Guerra “no solo puso en marcha tropas numerosísimas de distintos países y en diversos frentes, sino que convulsionó la sociedad civil, implicándola como nunca hasta entonces” (Urrutia, 2014:27). A partir de esta guerra, el mundo cambia.

España jugó un papel formalmente neutral en un conflicto, que no hacía sino certificar el asilamiento del país respecto del resto de Europa. Pero para García Sanz (*Op. Cit.*, 2014: 13):

España fue oficialmente neutral desde el mes de agosto de 1914 porque no movilizó sus tropas ni declaró la guerra a país alguno, elementos requeridos entonces para que una nación fuera considerada beligerante (...) Pero en la practica, España no fue neutral porque no le dejaron y porque tampoco quiso serlo.

8. Conclusiones

La Primera Guerra Mundial estalla en un contexto de eclosión de un modo marcadamente masculino de entender la política. Los discursos y las comunicaciones que

intercambian los dirigentes de diversos países están impregnados del lenguaje de virilidad en un contexto de masculinidad hipertrofiada.

Las mujeres, que no intervienen en las grandes decisiones de Estado, ni intervienen entonces en la decisión de ir a la guerra, participan en la contienda, sobre todo, como enfermeras que cuidan a los heridos, un rol vinculado sexo femenino, al que se le ha asignado el cuidado y la dedicación a los otros. Los discursos sociales oficiales siguen aludiendo a ese papel, y a las mujeres de la época como madres, esposas o novias que esperan a que el hombre vuelva entero de la guerra. Pero el vaciamiento de las fabricas, el paso masivo de los hombres desde sus puestos de trabajo a sus puestos en las trincheras, acelera el acceso de las mujeres a las fabricas, que antes les eran inaccesibles, donde realizan con la misma destreza las tareas que antes desempeñaban los varones por duras y pesadas que fueran. Los países las necesitan en las fábricas de armamento, pero también se incorporan a bancos, oficinas y comercios. La guerra acelera la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, que de manera incipiente se había planteado antes de su estallido y que ahora será irreversible. Al terminar el conflicto, muchas mujeres vuelven al trabajo doméstico, pero otras se quedan también en sus nuevos puestos de trabajo.

En los años previos a la guerra se produce el auge de movimientos de mujeres que reclaman su derecho al voto, se empiezan a producir cambios en el rol de la mujer, en su incorporación al mercado laboral, en la consideración social, en las formas de vestir y de peinarse que la guerra y su final aceleraran.

La guerra, que se planteó por algunos como una aventura épica, como algo ineluctable, que tenía que ocurrir necesariamente, fue para otros la consecuencia de la voluntad de un grupo de hombres que se afanaron en hacer la guerra cuanto antes. Hombres, mandatarios de sus respectivos países, que se conocían mucho y no se soportaban. Una guerra que, a diferencia de otra anteriores, no se planteó con un objetivo localizado, sino con fines ilimitados, y que marca de manera determinante la historia de Europa y del mundo.

En definitiva, las mujeres se vieron involucradas en una guerra que no decidieron; seguramente, si les hubieran preguntado - de acuerdo con los estudios más recientes, que hablan de modos diferentes femeninos y masculinos de resolver los conflictos- hubieran optado por el diálogo antes que por las armas. La guerra y la fuerza no son conceptos vinculados a las mujeres y lo femenino, Pese a ello, no puede decirse que su papel en esa época fuera secundario: no fueron protagonistas de la guerra, pero sí de su época: asumieron los trabajos que dejaron abandonados los hombres que combatían en la contienda; trabajaron en las fábricas y demostraron que eran capaces de hacer faenas hasta entonces consideradas exclusivamente de varones. Mientras, las mujeres que fueron al frente asumieron sobre todo las tareas pacíficas de apoyo en la retaguardia y cuidado de los enfermos. Así, ajenas a los disparos, las mujeres contribuyeron en primera línea a sacar a flote sus países, mientras siguieron siendo las protagonistas de mantener en orden su vida cotidiana.

9. Referencias bibliográficas

- BARCUSSE, H., (1983). *El fuego: diario de un pelotón*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BARTHAS, L. (2014). *Cuadernos de guerra*. Barcelona: Editorial Páginas de Espuma.
- BERNARD, E., MUT, M. y FERNÁNDEZ, C. (2013). Estereotipos y contraestereotipos del papel de la mujer en la Gran Guerra. Experiencias femeninas y su reflejo en el cine, en *Historia y Comunicación Social*. Vol. 18, 2013, pp. 169-189.
- CASANOVA, J. (2011). *Europa contra Europa 1914-1945*. Barcelona: Editorial Crítica.
- CLARK, C. (2014a). *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- CLARK, C. (2014b). “Las lecciones de 1914” en *EL PAÍS*, 20/5/2014, p. 40.
- DELUMEAU, J. (2002). *El miedo en Occidente*. Madrid: Editorial Taurus.
- FELICITAS, B. (1961). *Abajo las armas*. Barcelona: Editorial Mateu.
- FERLOSIO, R. (2008). *Sobre la guerra*. Barcelona: Ediciones Destino.
- GARCÍA SANZ, F. (2014). *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y Traficantes*. Barcelona: Editorial Galaxia Gutenberg.
- DUBY G. Y PERROT M. (2000). *Historia de las mujeres en Occidente*, 5 vols., Madrid, Taurus Minor/Santillana.
- HASTINGS, M. (2014). “El estallido”, en *El País Semanal*. 23/2/2014.
- HOBBSBAWM, E. (1992). *Los ecos de la Marsellesa*. Barcelona: Editorial Crítica.
- HOBBSBAWM, E. (1995). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- KLEMPERER, V. (2001). *LTI La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Editorial Minúscula.
- LEMAITRE, P. (2014). *Nos vemos allá arriba*. Barcelona: Ediciones Salamandra.
- LITTELL, J. (2009). *Lo seco y lo húmedo*. Barcelona: Editorial RBA.
- LÓPEZ, A (2014). *1914 El año que cambió la historia*. Madrid: Editorial Taurus.
- MAYDERER, R. (1981). *Zur Kritik der Weiblichkeit*. Munich: Hana Schnedl.
- OFFENSTADT, N. (2014). “Ocho herencias que cambiaron el mundo”, en *El País*, 16/1/2014.
- SCHWANITZ, D. (2002). *La cultura. Todo lo que hay que saber*. Madrid: Editorial Taurus.
- SHOWALTER, E. (2002). *Mujeres Rebeldes. Una reivindicación de la herencia intelectual feminista*. Madrid: Editorial Espasa.
- SUMMERS, L. (2014). “¿Acabará 2014 como 1914”, en *El País*, 16/5/2014.
- URRUTIA, J. (2014). “Escribir la guerra”, en *El País*, 27/3/2014.
- VINCENT, G. (1991). “Guerras dichas, guerras silenciadas y el enigma de la identidad”, en ARIÈS, P. y DUBY, G (dirs) *Historia de la vida privada*, Madrid: Editorial Taurus.
- VIVEIGA, F. Y MARTÍN, P. (2014). *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*. Madrid: Editorial Catarata.

VV. AA. (2013). *Historia y Comunicación Social*. Vol 18, dedicado a la I Guerra Mundial.

El autor

José María Fernández Calleja es Doctor en Ciencias de la Información, Licenciado en Historia y Profesor de Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Universidad Carlos III, desde el curso 2001/02.

Premio Espasa de Ensayo en 2001, por su libro “Arriba Euskadi. La vida diaria en el País vasco”, ha publicado una docena de libros -el más reciente “La violencia como noticia” (2013)- y ha colaborado en una decena de publicaciones de investigación. Es autor de la “Guía de buenas prácticas para informar sobre la violencia contra las mujeres. El relato de los medios de comunicación” (2014), editado por la Universidad de Zaragoza. Colaborador del diario *El País*, de los periódicos del grupo Vocento y *Eldiario.es*, además de analista político en radio y diversas televisiones.